

El hombre moderno busca la solución a sus problemas con la ayuda de un elemento pequeño. Aunque no sea ésta la única forma de hacerlo, por lo general dicha solución toma forma de pastilla. Digamos, la traducción moderna de una poción mágica: a veces curativa, otras veces, embellecedora. En fin, que cambian, de un toque, una realidad que no coincide con los deseos de quien la vive.

Por el contrario, Javier buscó una solución que era imposible de ingerir, ya que era de su propio tamaño. No era una pastilla, claro. Cansado de constantes fracasos a la hora de comparar realidad y metas impuestas, falto de espacio para su verdadera vocación, y harto de invertir tiempo presente para llegar a inalcanzables objetivos futuros, él decidió regalarse un clon. No fue esta decisión tomada por una cuestión que supere los objetivos prácticos y legales. Estaba prohibido tener esclavos que hagan el trabajo de uno, pero sí era permitido por la ley crear una copia de uno mismo para ello. Sin gastar tiempo ni dinero, Javier se fue al centro de clonación más cercano y se hizo un regalo.

—¿Qué puedo hacer por usted? —dijo Javier 2, el recién nacido, al servicio de su amo.

—Es muy simple—dijo Javier 1—. Yo quiero que se haga cargo de mi vida. No puedo soportar seguir de esta manera. No me gusta la vida que vivo. Estoy cansado de seguir un supuesto lineamiento que me llevará al posicionamiento laboral que quiero, pero que nunca llega. Quiero cambiar de profesión y estoy grande para poder hacerlo sólo. Necesito mantener mi economía y mi nombre para ello. Es un objetivo que no puedo lograr por mi cuenta. Usted, al ser mi copia, tiene todos los conocimientos necesarios para

continuar mi trabajo. Aunque nunca tenga la capacidad de proceso de información e interpretación que yo tengo, por ser el original, sus saberes le alcanzan y sobran para continuar mi camino sin mi ayuda.

—¿Y qué quiere hacer de su vida? —preguntó Javier 2 consternado—. ¿No era que amaba su trabajo?

—Eso que no se entienda mal—respondió el original—yo amo a mi trabajo. El problema es que estoy cansado de ello. Ya no lo hago con amor. Ahora, quiero ser escritor.

Sorprendido, Javier 2 no entendía del todo bien lo que estaba sucediendo. Su coeficiente de clon le bastaba para entender que su padre-hermano quería dedicarse a otra cosa en la vida, que le dé más satisfacción que su profesión actual. De esa necesidad, había nacido él, la solución. Pero seguía sin comprender. Por eso dijo:

—Pero dígame si me equivoco, pero por lo que tengo entendido, usted ya es un escritor.

—No, por favor. Le pido encarecidamente que no se confunda—contestó ofendidísimo el clonador—. Que yo tenga un doctorado en letras Hispánicas, que viva de la academia y que de vez en cuando escriba por obligación algún que otro artículo, no me hace escritor. En todo caso crítico, pero nunca escritor. Ya me cansé de opinar sobre lo que escriben los demás. Quiero escribir ficción y ser centro, que los críticos escriban de mí y no yo de ellos.

—Pero nuevamente, con todo respeto le digo—dijo la copia—eso me suena más a narcisismo que a sueño profesional.

—Si fuera tan ególatra, no necesitaría ayuda y por consecuencia lógica, no te hubiera creado, hijo—dijo Javier 1, cerrando la conversación.

Dos meses habían pasado. Javier 1 todavía no producía nada. Se pasaba el día entero mirando televisión y su sueño de cambiar de profesión seguía siendo eso, sólo un sueño. De tanta inactividad, su apariencia había cambiado notoriamente. Ya no se afeitaba, tampoco se cambiaba demasiado seguido. El baño lo veía de vez en cuando... por la televisión. Aumentó de peso notoriamente, y no era fácil ya reconocer los parecidos con su hermano-hijo-conyugue.

Cada vez que se levantaba sentía un fuerte dolor en las rodillas, obtenidos de la inactividad física.

Por otro lado, Javier 2 se había convertido en poco tiempo en una estrella del campo crítico literario. En menos de dos meses había conseguido escribir artículos suficientes para hacer un libro. Ya había obtenido reconocimiento internacional y recibido muchas invitaciones de múltiples Universidades a nivel local e internacional. Su imagen, en poco tiempo, cambió del decepcionado profesor que era al prolífico intelectual que vivía el mejor momento de su carrera.

Un día, Javier 1 hizo uno de esos espacios que se permitía solamente entre comerciales para ir a buscar algo de comer en la cocina. Sorprendido, se vio incapaz de abrir el tarro de mayonesa. No entendía del todo por qué, hasta que observó que todavía tenía en su mano derecha el control remoto. Por más que intentó reiteradas veces deshacerse de él, no pudo. Sus dedos estaban tan acostumbrados al objeto y a su forma que hasta parecía que estaban pegados. De repente se escuchó la puerta. Alguien estaba entrando:

—Javier—dijo implorando el desocupado—me tenes que ayudar. Mira cómo tengo la mano, no puedo sacar esto de enc...

—Para,—dijo Javier 2, interrumpiendo al deforme—no hay tiempo en este momento para estas bobadas. Planes importantes nos esperan para esta noche. Estoy cansado de verte acá encerrado sin hacer nada. Me vas a acompañar a la presentación del nuevo libro de un colega. Ponete tu mejor traje y vamos, no hay tiempo que perder. Y sin peros. Vamos que estamos tarde.

—Pero nos van a reconocer. Somos clones idénticos—dijo Javier 1, preocupado por el posible resultado si alguien se daba cuenta de lo que había hecho... le daba vergüenza.

—No te preocupes—contestó su hermano—vos estás gordo, feo y sin afeitado. No tenemos parecido. Cualquier cosa, vos sos mi hermano. Nadie se va a dar cuenta. Ahora anda a vestirse.

Pasaba la fiesta, y para sorpresa de Javier 1, Javier 2 era su alma. Todo el mundo quería hablar con él, era gracioso, conseguía atracción del sexo opuesto y era admirado por todos sus colegas, mientras que Javier 1 lo miraba triste y receloso desde un rincón del lugar. Él no había hablado con nadie desde que había llegado al recinto. Nunca había sido un sabio de las relaciones interpersonales, materia en la cual su par parecía tener gran destreza. De repente, escuchó una voz femenina que le dijo:

—Qué tal, quería presentarme, ya que debe ser usted del escritor de quien todos hablan. Soy del departamento de literatura, ¿y usted?

—¿El escritor de quien todos hablan? Pero si todavía no he escrito nada—afirmó—. Bueno, en realidad tengo algunas ideas, quizá una historia de ciencia-ficción sobre clones, pero no sé. No sabía que se admiraba mi trabajo con anterioridad a su publicación—dijo el escritor sin escrito.

Su acompañante temporal se rió de aquella respuesta inesperada. Entonces agregó:

—No, no me entienda mal. No he leído nada de su autoría. Pero déjeme decirle algo, me parece una idea ridícula que escriba sobre eso. No debe haber género más trillado en la literatura actual que el de la ciencia-ficción, y ni qué hablar del tema. Junto con el uso de la máquina del tiempo, la temática de los clones ha sido hartito repetitiva. Le dije que era escritor porque todos los que estamos aquí somos escritores. Todos están hablando de usted, pero nadie se atreve a venir hablarle ya que está tan solitario y parece que quiere seguir de la misma manera, por lo que veo. Pero es más fuerte que yo, debo hacerle una pregunta. ¿Qué hace un hombre en una fiesta como esta, con una copa de vino en una mano y con un control remoto en la otra?

Ofendido por la pregunta y envidioso por el éxito de su supuesta copia inferior, Javier 1 salió del lugar dirigiéndose a su casa. Quería volver a su rutina inactiva, en donde quizá no era un hombre satisfecho de sí mismo, pero sí se sentía seguro. Lo esperaban ansiosos el sillón que contenía

su molde corporal y la mesa con las maderas gastadas de tanto apoyar sus pies. Cuando llegara, todo volvería a una normalidad cómoda, sin problemas. Sin embargo, su deseo nunca se concretó. Atrás suyo venía Javier 2, enojado por su reacción en la fiesta.

—Sabes lo que acabas de hacer, ¿no? Me hiciste quedar pésimo con mis colegas. No hablaste con nadie en toda la noche, y para colmo de males, dejaste con la palabra en la boca a la persona más importante del departamento en donde trabajo. No veo la hora que empieces a hacer algo de tu vida. Más que tu hermano, parezco tu padre retándote.

—Bue... bueno, tengo varias ideas—titubeó la promesa de escritor—. Quiero escribir una historia de clones.

—Encima el señorito quiere escribir ciencia-ficción, y de clones—dijo el doble—. Decime una cosa, ¿no te das cuenta que quieres volver sobre el tema más gastado de la literatura? ¿A qué le tenes miedo me pregunto yo?

—A nada—respondió Javier 1—. Yo no le tengo miedo a nada.

—Entonces por qué desde que dejaste tu vida no escribiste ni una palabra. ¿Qué estás esperando, que te admiren sin que escribas nada? ¿Tan seguro te hace sentir tu vida de inutilidad? Si es así, eso lo vas a lamentar mucho en el futuro. ¿No te das cuenta que debajo del árbol es en el único lugar en donde uno se sigue mojando cuando la tormenta ha parado?

—Qué buena frase—admiró el escritor—. La tengo que usar en el futuro, la voy a escribir para que no se me olvide. Pero, de alguna manera esa frase es mía, y a mí no se me ha ocurrido. ¿Cómo es eso posible? Supuestamente el más inteligente de los dos tendría que ser yo, el original. Lo natural es que la copia de uno sea inferior a uno. Dios hizo el hombre a su imagen y semejanza, pero nadie es como él. El hombre es menos que Dios y, por sucesión lógica, vos tendrías que ser inferior a mí, pero nunca se me ha ocurrido frases como la anterior. ¿Cómo es eso posible?—se volvió a preguntar.

—Recordá que el hombre también hizo a los robots y a las computadoras—respondió Javier 2—invenciones muy

superiores al hombre en muchos aspectos. Quizá sea también esa la razón por la cual yo soy mejor que vos en la vida que solías llevar. Soy mejor escritor, soy mejor profesor, soy mejor académico y hasta mejor amante. Aunque te mientas a vos mismo diciendo que yo vivo tu vida, eso es mentira. Yo me he ganado el lugar que tengo, y esta es mi vida.

Haciendo una pausa, intentando reflexionar durante un suspiro, Javier 1 dijo:

—Me arrepiento de haberte traído al mundo. Es lo peor que un padre le puede decir a un hijo, pero es verdad. No quiero volver a vivir esa vida en la cual poco importa lo que uno conoce, sino a quién conoce. Sé que no quiero volver a eso, pero no puedo quedarme. Me invaden unas enormes ganas de matarte, o sea, de matarme. Quizá sea esa la solución: aniquilarme en una forma para que nazca una nueva. Sin embargo, siento que si lo hago, estaré cometiendo un crimen contra natura, y eso no me lo permito. Debo hacerme responsable de mis errores y buscar el camino que quiero. No puedo ser partícipe y espectador de mi propia muerte. Usted y yo, no nos volveremos a ver. Hasta nunca—dijo despidiéndose Javier 1 de su copia, saliendo de la casa.

De esa manera se fue el protagonista original de esta historia, ahora acompañado solamente de su propia sombra, mientras se repetía a sí mismo:

—Seré yo, seré yo, seré yo.

Casi poniéndose de acuerdo, cuál ejemplares exactos, Javier 2 se decía a sí mismo dentro de la casa:

—Seré yo, seré yo, seré yo.

Al mismo tiempo, Javier 1 se continuaba diciendo:

—Seré yo, seré yo, seré yo.

Mientras que Javier 2 se decía a sí mismo:

—Yo también, yo también.